

Otros - La Transversalidad: EL PAPEL DE LA CLASE TRABAJADORA Y EL SOCIALISMO

La “transversalidad” es uno de los ejes del actual debate interno en Podemos, y es un concepto que ha estado presente en el ideario de la organización desde sus comienzos. Hay una idea de “transversalidad” entendida como que Podemos debe conseguir un apoyo social muy amplio, que abarque a varias clases sociales –de ahí lo de transversal– para aglutinar una mayoría de la sociedad frente a lo que se denomina "las élites". Quienes siguen estas tesis se oponen al "obrerismo" y a resaltar cualquier aspecto que nos referencie a las tradiciones de la "izquierda".

ÉLITES Y PUEBLO. Para estos compañeros la dicotomía social principal es la del “Pueblo” frente a “las élites”. Quién compone esta “élite”, de dónde saca su poder y sus privilegios, y cómo acabar con su dominio, son cuestiones que nunca han respondido con claridad. No acompañan su denuncia de las “élites” de un programa preciso para terminar con ellas y con su dominio. Más bien parecen transmitir la idea de la convivencia élites-pueblo, donde este último ejercería un control sobre la primera. Aquí se nos aparece una gran contradicción: si una capa o clase social tiene una posición “elitista” es porque goza de privilegios sociales y económicos que se sustentan sobre su dominio del “pueblo”. Si se acepta que las “élites” sigan existiendo, por mucho control popular que haya sobre las mismas, significará que seguirán dominando al pueblo a fin de poder seguir siendo “élites”; es decir, para mantener su posición social y económica privilegiada. Volvemos al punto de partida sin haber resuelto nada.

Seguramente, la pretensión de estos compañeros es conseguir que las “élites” moderen su apetencia por los privilegios, que vivan más sobriamente, que exploten y roben menos, que el pueblo le imponga a las “élites” un país más justo e igualitario. Este siempre fue el sueño de los políticos en la izquierda socialdemócrata, que pretenden domesticar a la clase dominante. Pero esto es como tratar de convertir a un tigre en vegetariano. Estos compañeros no explican cómo han conseguido las “élites” su posición social dominante. Son “élites”, simplemente. Frente al carácter social difuso “aclasista” del término “élite”, que nos dificulta concretar nuestras tareas con respecto a las mismas, pensamos (como la gente de a pie, a la que le gusta poner cara, nombre y apellidos a las cosas) que hay que definir exactamente quiénes la componen, para poder fijar mejor nuestra relación y tareas frente a ellas. Realmente, “las élites” están compuestas por la “clase social dominante”: los banqueros, grandes empresarios y terratenientes. Esta clase social saca su poder y privilegios de la apropiación de trabajo ajeno, de la explotación de la clase trabajadora, y de esquilmar a la pequeña burguesía a través de la competencia. El beneficio capitalista es el trabajo no pagado al obrero o asalariado mediante la apropiación de la “plusvalía”, el valor generado por el trabajador durante la parte de la jornada laboral que trabaja gratis para el empresario.

La pretensión de moderar el apetito de las “élites” por el enriquecimiento, que siempre defendió el ala “socialdemócrata” del movimiento obrero y de la izquierda, está condenada al fracaso. La codicia no es sólo una categoría moral, es una categoría económica, la más importante del capitalismo. La avaricia por los beneficios es irrefrenable y, al mismo tiempo, el motor de la economía capitalista. Todos los datos nos dicen cómo, en las últimas décadas, es un imposible lograr este capitalismo “de rostro humano”, más imposible aún en la actual época de crisis orgánica y prolongada del sistema. La única manera de derrotar el dominio de las “élites” es terminando con las élites mismas, lo cual sólo puede hacerse terminando con la fuente de su dominio, el régimen de propiedad con el que dominan al conjunto de la población: con la expropiación de los bancos, las grandes empresas y los latifundios, bajo el control democrático del conjunto de la sociedad.

IZQUIERDA Y TRANSVERSALIDAD. Muchos de los compañeros que siguen la concepción de la "transversalidad" defienden eliminar del discurso de Podemos toda referencia a la “izquierda”, al “clasismo” o al “socialismo. Esto es una contradicción por definición, porque lo que es transversal debe ocupar toda la distancia existente entre dos puntos extremos. Eliminar uno de los polos anula la idea misma de transversalidad.

¿Es cierto que defender la “izquierda” nos aísla de la mayoría de la sociedad? No es cierto. En España y a nivel internacional ha habido partidos y movimientos que se consideran de izquierdas que han conseguido un apoyo aplastante de la población, incluso mayorías absolutas resonantes. Guste a o no guste reconocerlo, Podemos ocupa un espacio sociológico típico de la izquierda, y así lo reconocen y aceptan tanto quienes nos siguen y votan como los que no. El concepto “izquierda” tiene una alta autoridad en la clase trabajadora y en amplios sectores de la clase media, vinculado a ideas como solidaridad, igualdad, justicia social, progreso; en oposición al término “derecha”, que se vincula a explotación, desigualdad, injusticia, reacción, políticas a favor de los ricos, etc.

LA PATRIA Y LO NACIONAL-POPULAR. Hay quienes consideran la defensa de la “patria” y una ideología “nacional-popular” como la expresión más acabada de la transversalidad. Aunque lo respetamos, no podemos compartir este punto de vista. Es irónico que quienes afirman que términos como “izquierda” o “socialismo” están devaluados y no generan “consenso social”, rescaten para su agitación política –¡en el Estado español!– los términos “patria” y “patriotismo”, asociados

popularmente a la derecha y al franquismo. Para estos compañeros se trata de apelar al “sentimiento” de las masas y arrebatarse el monopolio de esos términos a la derecha y al fascismo español. Precisamente por eso, estos términos están, afortunadamente, tan desprestigiados y no despiertan ninguna “emoción” en la clase trabajadora ni en los sectores progresistas de la clase media de nuestro país. Más bien, provocan rechazo. No cambia nada el hecho de que los compañeros digan que, para ellos, la patria es la gente o los derechos sociales. Reivindicar la patria, guste o no reconocerlo, representa defender una inexistente comunidad de intereses entre la clase opresora y la clase oprimida, entre la minoría enriquecida y la mayoría social que sufre los rigores de las injusticias de este sistema, por el sólo hecho de nacer y vivir dentro de las mismas fronteras.

Frente a la concepción de la sociedad dividida en clases sociales opuestas, estos compañeros defienden para Podemos una ideología llamada “nacional-popular”, una especie de nacionalismo progresista. Este es un término trasplantado del nacionalismo de izquierdas latinoamericano. En América Latina, el nacionalismo de las masas populares, hasta cierto punto, tiene un carácter democrático y antiimperialista, por el saqueo a gran escala de sus países por las multinacionales extranjeras. Pero ¿en España? El Estado español es un país imperialista que explota económicamente a países pobres, fundamentalmente de América Latina y del norte de África, y niega los derechos democrático-nacionales a los pueblos catalán, vasco y gallego.

En la época de la economía mundial, de la interconexión universal, de la mutua dependencia de los pueblos y de la técnica, de la cultura y del movimiento poblacional global, aferrarse a la persistencia de las viejas fronteras nacionales es reaccionario. La pretensión nacionalista por un país soberano y económicamente independiente es una quimera. Las únicas economías relativamente “independientes” son aquéllas capaces de desarrollar una política comercial agresiva que debilite la competencia extranjera en el mercado nacional y que organice empresas multinacionales que actúen en otros países y los dominen para proveerse de materias primas y hacerse con su mercado. Es decir, la única vía para alcanzar un cierto grado de “independencia” económica bajo el capitalismo no es otra que una política imperialista global o regional. Dialécticamente, la demanda “nacional-popular” de soberanía económica y política nacional “independiente”, sólo puede tomar cuerpo, bajo el capitalismo, como nación imperialista respecto de los países de su entorno. Frente a la mezquindad del particularismo nacional, debemos oponer el socialismo universal y la unión fraternal de los pueblos. En realidad, todas estas ideas de “patriotismo” y “nacionalismo” que se pintan como el último grito del pensamiento social, simplemente nos devuelven al liberalismo del siglo XIX anterior al socialismo

SÍ A LA TRANSVERSALIDAD CON UN CONTENIDO DE CLASE. Los compañeros que defendemos el socialismo en Podemos sí estamos a favor de un gran frente social que incluya, además de la clase trabajadora, a las capas empobrecidas de los pequeños propietarios o empresarios, y cualquier otro sector oprimido en la sociedad. Sin duda, este “frente social” representa la aplastante mayoría de la sociedad. Esto es lo que, para Podemos, debería representar la idea de la “transversalidad”. Ahora bien, de todas estas fuerzas sociales sólo la clase trabajadora –la clase social de los trabajadores asalariados– tiene la fuerza social y numérica para dirigir la lucha por un cambio social profundo de manera colectiva. El “pueblo”, no existe como sujeto social con intereses propios. El pueblo está conformado, y desgarrado, por clases sociales en pugna. Aun dejando fuera de él a los grandes banqueros y empresarios, quienes siguen formando el pueblo tienen intereses sociales muy diferentes. Los pequeños propietarios, profesionales y sus intelectuales no juegan de hecho un papel independiente en la sociedad. Toda la historia demuestra que oscilan permanentemente en sus simpatías y antipatías entre la clase trabajadora y la clase de los grandes empresarios y banqueros, la burguesía. Eso es así porque no juegan un papel independiente ni económica ni socialmente.

La clase trabajadora, en cambio, es el producto más genuino del sistema económico capitalista, y la clase social más numerosa. Es una clase de no-propietarios, que se ven forzados a trabajar colectivamente en el sistema en el que vivimos, de ahí el potente desarrollo en su conciencia de la solidaridad y de la lucha colectiva en los momentos de lucha social, junto con su potente aspiración hacia las soluciones colectivas y hacia el bien común, frente al individualismo y la mezquindad de las clases propietarias, la burguesía y la pequeña burguesía. La despersionalización de la gran propiedad (sociedades por acciones, multinacionales) que expresa el carácter “social” de la producción, y el papel central de miles y millones de no-propietarios en hacerlas funcionar y convertirlas en operativas, es lo que alumbra en la conciencia de los trabajadores, en determinada etapa de la lucha de clases, la idea de la propiedad colectiva de los medios de producción: los bancos, las fábricas y empresas, los latifundios, para ponerlos a funcionar para el bien de todos.

El socialismo es una doctrina integral de liberación y emancipación de todas las clases y capas oprimidas de la sociedad, pero para ello hay que derrotar al baluarte principal de la opresión general, la burguesía, que es el enemigo de clase directo de la clase trabajadora. Esta es la razón de que le corresponda a la clase trabajadora el papel dirigente en la lucha por el socialismo. Pero, además, debe ser así porque, como explicamos antes, en las condiciones de vida y económicas de la clase trabajadora está contenido, en embrión, el modelo futuro de la sociedad socialista por la que debemos luchar.